

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

PALMA ALTA, 32 DUPLICADO

Nada de cientos ni miles  
del fondo de los reptiles.

Más escuelas y canales  
que toros y generales.

Las empresas ferroviarias  
tendrán censuras diarias.

15 CENTIMOS NÚMERO

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.

PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN  
EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Más pan y más azadones  
que fusiles y cañones.

Abajo las cesantías  
de ministros de tres días.

Ve EL QUIJOTE madrileño  
todo enemigo pequeño.

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.

25 NÚMEROS, 2,50 PESETAS

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN MADRID....	Un mes..... 1 pesetas.
	» trimestre..... 2,50 »
	» año..... 10 »

FUNDADOR  
EDUARDO SOJO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN PROVINCIAS.	Un trimestre..... 3 pesetas.
	» semestre..... 6 »
	» año..... 12 »

## LA REVOLUCIÓN

La revolución tiene un enemigo implacable, la sociedad vieja; como el cirujano tiene el suyo, la gangrena. La revolución extirpa todo lo que es tiranía en todo lo que es tirano. La operación es espantosa, cruenta; pero la revolución la practica con mano segura. Cuanto a la cantidad de carne sana que sacrifica, pídtele a Boerhave su parecer. ¿Qué tumor puede cortarse sin que produzca pérdida de sangre? ¿Qué incendio puede extinguirse sin que el fuego devore su parte? Estas necesidades terribles son condiciones preciosas del éxito. Un cirujano tiene algo de parecido con un carnicero; el que cura puede ofrecer las apariencias de verdugo. La revolución se consagra a su obra fatal. Mutila, pero salva. ¡Qué!, ¿le pedís perdón para el virus? ¿Queréis que sea clemente con lo que es venenoso? Pues no os atenderá; se apoderó de lo pasado y acabará con él. Hace a la civilización una incisión profunda de donde brotará la salud del género humano. Sufristeis sin duda; pero ¿cuánto durará el sufrimiento? El tiempo que dure la operación. Después viviréis.

La revolución amputa a la sociedad, originando la hemorragia que se llama la felicidad humana.

VÍCTOR HUGO.

## EL ARADO

Una mañana fría, de luz cenicienta y triste, el buen rey Enrique IV salió de su tienda, alzada en la llanura de Vannes.

Por fin iba a ser rey de Francia. Tras diez años de guerra enconada por el furor del fanatismo religioso, París, el revolucionario París de la Liga y de los Guisardos, con sus resistencias desesperadas sostenidas por el oro de Felipe II de España y sus feroces procesiones de frailes con el mosquete al hombro y la barragana del brazo, iba a abrirle sus puertas, no viendo en él ya al hugonote de otros tiempos, sino al católico de fingida fe que abjuraba, murmurando con cinica jovialidad: «París bien vale una misa».

El gallardo rey, campechano y roto como un soldado, las ropas andrajosas, la coraza abollada por diez campañas, y sobre el enmohecido casco el legendario penacho blanco de la batalla de Ivry, tronchado por el viento y sucio por las lluvias, monta en su caballo de guerra y recorre al trote la fría y desolada llanura, sobre la que se alzan como tumores las tiendas de su ejército.

Allá está París, irguiendo sobre el cinturón de murallas y el oleaje de tejados las torres gemelas de Notre Dame y las caladas agujas y torrecillas de las mansiones señoriales. En vano se acicala para recibir al nuevo rey: los años de hambre y de guerra le dan un gesto de tristeza, un ambiente siniestro que se confunde con el tétrico gris del cielo.

El rey está alegre, canta sus canciones de Navarra, haciendo caracolear el caballo, y los soldados formando grupos a la puerta de sus tiendas, rotos, fatigados, como bandas de heroicos mendigos, muestran tan tristes como el paisaje. Los veteranos, acostumbrados

a guerra tan larga, ven en la próxima entrada en París un período de tranquilidad que les aterra; se inquietan como el pez arrastrado hacia la playa: los jóvenes juran y maldicen la paz que corta de un golpe todas sus ilusiones.

Y Enrique sigue corriendo por la llanura, levantando ante su caballo bandas de cuervos, que surgen con ruidoso vuelo de los fosos, sosteniendo en el duro pico piltrafas nauseabundas de los últimos combates.

De pronto, el rey detiene su trotón ante un objeto que blanquea la áspera maleza. No es el esqueleto de un soldado muerto, no es la carroña de un caballo picoteada por las aves de rapiña: una larga guerra ha familiarizado a Enrique con tales despojos, y pasa junto a ellos sin fijarse.

Lo que ahora ve es algo extraordinario; algo que no ha encontrado en diez años, y cuyo recuerdo había borrado ya de su memoria. Lo examina; quiere reconocerlo... sí; ya sabe lo que es. Es un arado, como los que veía siendo niño allá en su tranquilo estado de Navarra, antes de que los lances de la vida le llevarán a pleitear en campo raso, a tiros de arcabuz y cuchillada limpia, las excelencias de la Biblia sobre el poder de los Papas.

¿Cuánto tiempo estaba allí, caído y muerto el patriarcal arado como miserable esqueleto del trabajo?... La reja hundida en el endurecido terruño, la maleza formando ásperas guirnalda sobre las caídas varas, y la madera carcomida por las lluvias, casi pulverizada por el tiempo. Tal vez le sorprendió en mitad de un surco el tropel de la caballería, chocando con estrépito de muerte; tal vez el pacífico labriego, agarrado a la esteva, cayó como víctima inocente de la guerra, cuando ganaba el pan de los suyos y cumplía la santa ley de la vida. ¡Morir por trabajar!... ¡Perecer por ser abeja laboriosa entre las garras de los inútiles y malignos zánganos!

Enrique bajaba la cabeza, cerraba con fuerza los húmedos ojos, como aterrado por la visión de una Francia estéril, empobrecida, muerta por diez años de guerra. Era la Francia que estaba a sus espaldas la que salía de las tiendas con las armas en la mano é iba formándose para la solemne entrada en París; la que, improductiva y asoladora, acabaría por devorarse a sí misma. Y aquel arado caído, olvidado, carcomido, era el porvenir del país, la única esperanza... ¡Locura humana! ¡Buscar la gloria y el heroísmo en la destrucción!

Volvió el rey la cabeza, dió su grito famoso que sonaba como un trueno en las batallas, y todo su ejército vino a él como oleada de hierro, formando un gran cuadro, en cuyo centro quedaron el rey y el arado.

—¡Adelante los tambores!—gritó el gallardo monarca.—Batid marcha y que todo mi ejército salude la nueva enseña de mi reinado.

Cuarenta tambores azules y flordelisados saludaron el viejo arado con ronco estrépito de tempestad; los mosquetes fueron presentados, inclinándose pica y alabardas, y las blancas banderas con sus tres lises dorados hicieron una reverencia altiva, como princesas que por fuerza saludan a una labradora.

Los guerreros mostrábanse escandalizados; un rumor de protesta circulaba por las filas.

—No gruñáis, hijos míos—dijo el campechano rey.—

Creéis que entramos en París y donde entramos es en una vida nueva. Ese que véis ahí (y señalaba con su espada el arado), ese es el verdadero amo. Sin él ni vosotros comeríais ni yo sería rey. El nos sostiene a todos. Basta de locuras: hora es ya de honrar y sostener al que paga...

El ejército entró en París y los buenos parisienses, a pesar de conocer de antiguo las genialidades de Enrique, no pudieron ocultar su extrañeza. Al lado del rey, al frente de la gran columna formada por las culbrinas, las bombardas, los órganos y demás piezas fantásticas de la artillería de la época, iba arrastrado por briosas mulas y cubierto de laureles, como máquina de guerra de irresistible poder, el pobre arado olvidado en la llanura.

\*\*

¡Buen rey de las leyendas, a quien Francia guarda agradecimiento, más que por los hechos, por las buenas intenciones; monarca que eres inmortal por tu deseo de que cada súbdito tuviera en su puchero una gallina!

Aún queda un país regido por seres de tu raza.

Pero allí el arado sigue caído entre la maleza, sin que nadie lo levante ni repare en él.

Allí la desgracia nada enseña; por más que arrecie el infortunio, nunca se piensa en emprender nueva vida.

El gobernante pasa junto a él sin verle. Las aves de rapiña de plumaje negro revolotean en torno; pero es por husmear si hay debajo de él algo olvidado que devorar. Los parásitos de todas clases carcomen su interior.

Como su uña de acero sólo sirve para arañar la tierra que da la vida, le desprecian y posponen a la espada que rasga la carne y da la muerte.

No encontrarás ya, pobre arado, el rey patriarcal que te salude como indiscutible soberano y haga en tu honor sonar tambores y desplegar banderas.

Si alguien repara en tí, es el cobrador de los tributos, corazón generoso que se apiada de tu miseria, que te recoge y te levanta... para venderte en pública subasta.

BLASCO IBÁÑEZ.

## A LAS CLASES DIRECTORAS

Penetraos bien de la inmensa, de la suprema gravedad de las circunstancias. Pensad en los austeros, en los imperiosísimos deberes que os impone vuestra posición social. Medid todo lo enorme de la responsabilidad que sobre vosotros pesa. Arrepentíos, con sincera contrición, de las pasadas culpas. Mirad que, bajo vuestra dirección, ha caído España en el abismo en que yace. Considerad que a vosotros toca marcar los rumbos de su regeneración. Reparad que, si cerráis el camino, lleváis a la patria a la disolución y a la muerte.

Por ignorantes, por pobres, por imprevisores, por atrasados, por intransigentes, por quijotes, hemos sido vencidos y despojados. Este hecho ha de enseñaros lo que debéis hacer y lo que debéis omitir. No más volver los ojos a un pasado muerto, fuente de nuestras presentes desdichas. No más amparar empresas retrógradas, funestas para la conciencia y la cultura nacional. No más



# DON QUIJOTE

VIENEZUELA MUNDO  
- MADRID



La primera partida.



—Pero se me va a dar el poder, ¿qué?

El Purísimo D. Camelo.

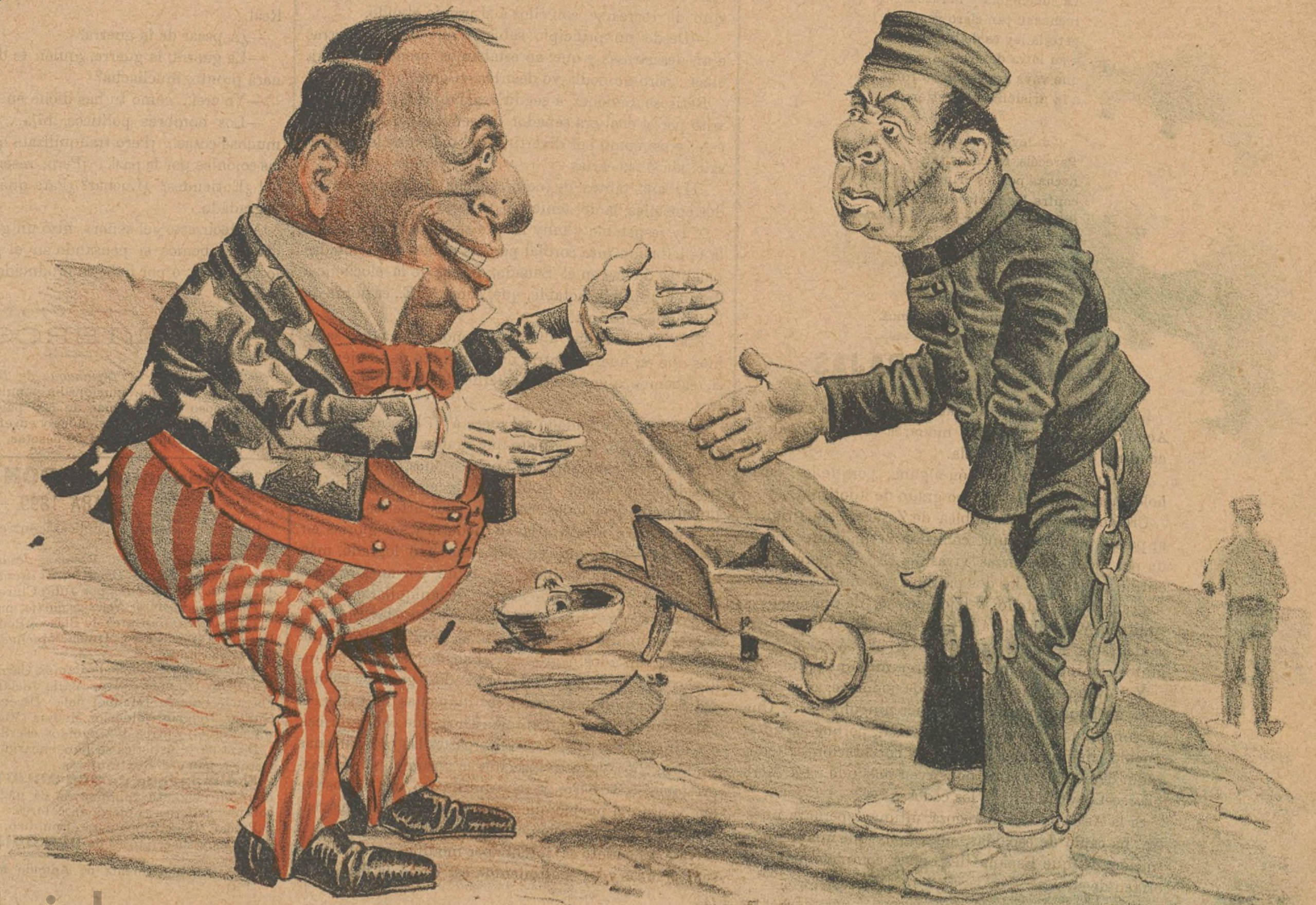


Gigantes y cabezudos.

Colonización yanki.



Ayuntamiento de Madrid



—¡Choca, compañero!



gastar vuestro dinero en la reedificación de conventos. No más llevar vuestros hijos á los colegios de jesuitas y vuestras hijas al Sagrado Corazón. No más propagar y mantener en el pueblo la superstición milagrosa, origen de la indolencia y la imprevisión. No más dar á esos hermanos menores el espectáculo de vuestra indiferencia por el bien común, cuando no el de vuestros desórdenes.

En vez de eso, emplead vuestra influencia en el Estado para lograr se realice la trasfusión á España del espíritu europeo. Limpiad de telarañas vuestros cerebros y de vicios vuestras costumbres. Dad ejemplos al pueblo de virtud cívica, de patriotismo, de abnegación. Servid en política, contra vuestras simpatías, contra vuestro interés si es preciso, á las causas progresivas que representan nuestra concordia con la civilización. Purificad y ennobleced la vida política y social. Ilustraos, educaos trocando en ciencia seria y sólida el barniz superficial de cultura con que engañáis á los demás y á vosotros mismos. Gastad vuestro dinero en fundaciones científicas, en empresas útiles y humanitarias, que sirvan para dar á la patria almas y cuerpos de ciudadanos. Propagad los conocimientos científicos. Combatid donde quiera los prejuicios y las supersticiones. Esforzaos por sacar á España de su ensueño medioeval y despertarla á las condiciones y realidades de la vida y de la cultura modernas.

### OTRA LEY DEL EMBUDO

Quebró un bolsista y dejó en la miseria á Vicente; paso un año y el agente rehabilitarse logró. Cómo el Código eludió, francamente, no lo sé; pero la verdad es que ha vuelto á la Bolsa ya, que en coche al Retiro, va y que Vicente va á pie.

Este, siguiendo su pista, al verle bajar del coche, le dió un palo la otra noche y le llamó petardista. Escurrió el bulto el bolsista sin mostrarse amostazado; más ayer se ha querellado en la forma conveniente, y hoy mismo el pobre Vicente compareció ante el juzgado.

No ha habido conciliación en el juicio, ni la habrá, y Vicente sufrirá el destierro ó la prisión. La conciencia y la razón rechazan tan claro yerro; pero la ley es de hierro y su letra determina que vaya aquél con su ruina á la prisión ó al destierro.

¡Oh leyes tan decantadas! Parecéis, en casos tales, hechas por los criminales contra las gentes honradas. Si habéis de ser respetadas y ha de haber días serenos, sed más lógicas al menos; escudo del bueno sed y no la trampa y la red del malo contra los buenos.

### AGUA DE CERRAJAS

Lo de la Asamblea de Zaragoza, agua de cerrajas. Acudir con sus quejas al monarca constitucional es acudir á Sagasta y á Silvela.

España no tiene salvación alguna, porque los españoles han caído en el último grado de idiotismo.

Creíamos que la Asamblea de Zaragoza se dirigiría al país y nombraría una comisión permanente apoyada por todas las fuerzas vivas de España, para hacer entrar en vereda á los dos partidos restaurados que son los causantes de todo; y lejos de eso, de una manera indirecta y acudiendo á lo que ha constituido la fuerza de éstos, se pone en ridículo y pasa á ser uno de tantos caminos que no conducen á ninguna parte.

Y volvemos á nuestro tema de siempre; aquí hace falta un hombre, que no se ve por ninguna parte. Una persona que remueva el cuerpo social, porque partidos, pueblo, instituciones armadas y corporaciones, todos están demostrando que no sirven más que para escribir recetas y hablar por los codos.

Si la Asamblea de Zaragoza, última esperanza nuestra, ha caído de espaldas, no es más que una demostración de que España desconoce completamente el origen de su mal.

Y en el caso actual, el origen vienen á serlo los partidos políticos que han mandado en estos últimos veinticinco años.

### SARCASMO

Apertura del Congreso de Washington. El capellán del Senado aparece por la puerta del foro y pronuncia la siguiente invocación:

«Rogámste, Señor, que bendigas á la reina regente de España, á su joven hijo y á la nación española. Que tu gracia celestial levante y sostenga á ese pueblo afligido.»

Aquí de los periodistas del antiguo régimen: ¡Sin comentarios!

### LA CORRESPONDENCIA DEL «SEÑOR»

(CUENTO HISTÓRICO)

I

«El señor» se había levantado tarde: mostraba el rostro adusto; sin duda estaba muy aburrido «el señor».

Sentóse en el cómodo sillón de su despacho «el señor» y tocó un timbre para llamar á Sánchez, secretario particular del «señor».

Llegó Sánchez ante «el señor»—mina y manantial de donde el pobre muchacho sacaba penosamente treinta y cinco duros al mes—y se inclinó respetuoso como saludando, sin saberlo tal vez, á su propio puchero relleno de garbanzos.

Esto ocurría á fines de Mayo del año visible de 1898.

—¿Qué pasa? ¿Ha llegado el correo?—preguntó «el señor».

—Sí, ya he contestado la mayor parte de las cartas que han dirigido á V. E.—replicó con temblona y muy meliflua solicitud el secretario de «el señor»—y añadió: —Hay dos que creo que querrá leer «el señor»; una de Cuba y otra de Filipinas, del teniente «Coraje» y del padre misionero «Inocencio».

—Ya, quisicosas de la guerra. Más valiera no leer las cartas esas—dijo «el señor» después de haber lanzado al techo una bocanada de humo de su cigarro, que parecía negra neblina, por la cual se hiciera visible el aliento de la vanagloria del «señor».

—¡Ah! Como no lo arreglemos pronto y de cualquier modo, el país se verá perdido; vendrá el impuesto sobre las rentas, rebaja en los sueldos y no se pagará cupón...

—¿Manda algo «el señor»?—preguntó humildosamente el bueno de Sánchez—comprendiendo que las palabras dichas por «el señor» no iban dirigidas á él, sino que eran sublimes pensamientos del «señor», que éste se había dignado decir en alta voz, como por el gozo de recrearse con ellos á sí propio el oído.

—Desde un principio sabía yo que las dos guerras eran desastrosas y que no estábamos preparados para ellas... pero no podía yo decirlo... ¿Cómo?

Retiróse Sánchez á seguir regando con tinta el distrito por el cual era senador «el señor», y quedóse sólo éste; y así como por divertirse del tedio que le martirizaba abrió las cartas.

«Habana tantos de (aquí la fecha) decía una de las dos epístolas; la del teniente «Coraje».

Muy respetable y muy ilustre «señor»: Reciba V. E. la felicitación más cordial por sus nobles y levantadas palabras dichas en el Senado, dignas de la elocuencia de un orador tan notable, que, como V. E., es honra de la tribuna española.

Esas palabras nos alientan, «señor»; por ellas sabemos que en nuestra patria no se olvidan de su ejército; sí, sabemos que no serán estériles los sacrificios nuestros.

Este humilde soldado agradece á V. E. esas hermosas frases. No, no es justo que se diga que los anglosajones nos vencerán; los anglosajones, que desde el pasado siglo vienen calumniando, empobreciendo y procurando por todas las más viles arterias dañar á España, para arrebatársela su poderío y sus glorias en el mundo—cosa que en parte casi han logrado, más que por nuestra debilidad presente, por nuestra candidez—no es justo que acaben de aniquilarla. Ellos, que con pretexto hipócrita de abolir la esclavitud empobrecieron nuestras colonias, al propio tiempo que esclavizaban á los negros con el alcohol como á los indios con el opio; ellos, que, llamándose grandes colonizadores, han dado muerte á los indígenas de todos los países en los cuales dominan; ellos, que con retóricas constituciones ejercen en todas partes las más villanas tiranías; ellos, cuya civilización se resume en estas expresiones: «Barbarie y mercantilismo», no es posible que vengzan al pueblo que tan nobles empresas ha realizado por la civilización cristiana del mundo.

Vano es cuanto se intente por modificar el modo de ser, las ideas y los sentimientos, así como la fisonomía

de un pueblo, esto es obra de santas tradiciones, de profundas y muy arraigadas enseñanzas. ¡Seremos lo que fuimos, pueblo de pensadores y de guerreros!

Repito á V. E. mis plácemes; acá luchamos y lucharemos, no sólo por los compatriotas que aquí viven, no sólo por nuestro honor de soldados y por la integridad de la patria, sino por su historia, por su fe, por lo que es, ha sido y será en el concierto de todos los pueblos.

Reciba V. E. la más respetuosa expresión del entusiasmo y de las simpatías que por V. E. siente este su admirador q. s. m. b.—«El teniente Coraje».

—¡Qué florido y épico es este mozo,—exclamó «el señor» y abrió la otra carta murmurando: Fraile. ¡Malol! ¡Malol!

He aquí lo que decía la segunda carta:

Muy ilustre «señor y hermano en Cristo nuestro Redentor: Con la licencia del R. P. Superior de estas Misiones, escribo á V. E. para felicitarle por las elocuentísimas palabras que V. E. dijo en el Senado». No ha de esperarse una paz sólo honrosa, sino gloriosa, de otra manera no seríamos españoles. No, no ha de resultar estéril la sangre vertida por tantos soldados, ni infecunda la palabra de la verdad difundida y sellada por el martirio de nuestros misioneros. «Somos descendientes del Cid y vivimos en la patria de San Francisco Javier».

Hermosas, muy hermosas palabras; si nos faltase la fe en Dios no comprenderíamos tanto lo que vale y supone la patria.

¡Sí, cristianizados están muchos, muchos gentiles. Si viera V. E. este campo de las misiones de Dipológ. cuán abundante es el fruto que ofrece ya y cuánto ofrecerá bien pronto; no, no son enemigos de España los cristianizados; no, ¡los enemigos de España son los que aún no han recibido la luz del Evangelio! Muchos, muchos en este vastísimo país son los gentiles; muchos... y éstos alimentaron el odio contra España. Sólo éstos.

Saluda á V. E.

El P. Inocencio.

—Está bien,—replicó S. E., ¡Pobretes!

\*\*

—¡Papá, papá!

—¿Qué ocurre, hija mía?

—Ocurre que quiero saber dos cosas, si iremos á Biarritz... ahora y si este invierno tendremos abono en el Real?

—¿Qué preguntas!

—Papá... las cosas están bastante mal...

—Para el país, sí, ciertamente, y aún estarán peor.

—¿Entonces?...

—¿Entonces, qué?—preguntó «el señor» mirando á su hija y sonriendo irónicamente:

—En suma, ¡iremos?

—Iremos,—contestó «el señor», y habrá abono en el Real.

—¿A pesar de la guerra?

—La guerra, la guerra, ¿quién te dice que no terminará pronto, muchacha?

—Yo creí... como tú has dicho en el Senado...

—Los hombres políticos, hija... Tienen que decir muchas cosas... ¡Pero tranquilízate que al fin daremos las colonias por la paz!... ¡Pero, reserva, mucha reserva! ¿Entiendes? ¿Luchar? ¿Para qué? Este es un país degradado.

Al decir esto «el señor» hizo un gesto de repugnancia, no sabemos si pensando en el país tal como él se lo figuraba... ó por haberle producido asco mirarse á sí mismo.

### LIBROS

Se ha publicado el *Almanaque de Bailly Bailliere para 1899*, ó sea pequeña enciclopedia popular de la vida práctica, hermoso libro de más de 500 páginas, profusamente ilustrado y rico de curiosidades y enseñanzas. Precio del Almanaque: 1,50 pesetas.

### Almanaque de DON QUIJOTE PARA 1899

Está ya en prensa, y publicará, entre otros originales, los siguientes:

*Literatura extranjera.* Poesías: *Jesús*, por Víctor Hugo; *Insomnio*, por Haine. Cuentos: *El literato*, por Catulo Mendez; *La cogida del Tato*, por Julio Claretie.

*Poetas americanos:* *Nieve de hartío*, por Juan de Dios Pesa. *La guitarra:* Cantares de Blasco, Redel, Alcaide de Zafra, Burgos, Avilés, Palau, Iruela, Machado, Paradas, Tovar y González Cando.

Y artículos y poesías de Ramos Carrión, Balart, Barrantes (Pedro), López Silva, Valle Inclán, Benavente, Rueda, Ferrari, Palacio (Manuel del), Dicenta, Pérez (Dionisio), Guillar, Delgado (Sinesio), Medina (Vicente), Palomero, Sawa (Miguel) y otros distinguidos escritores.

De la parte artística se han encargado notables caricaturistas españoles y extranjeros.

El *Almanaque de DON QUIJOTE para 1899* formará un elegante volumen de 64 páginas, é irá adornado con una artística cubierta en colores.

Precio: 50 céntimos para el público, y 40 para los corresponsales y suscriptores de **DON QUIJOTE**.

MADRID.—Imprenta de Antonio Marzo, Apodaca 18.